

IV. Migración y adolescencia

Jaume Funes

Profesor de Psicología Social de la Universidad Ramon Llull

Síntesis del contenido

Los procesos migratorios, la llegada a nuestro país de personas con escasos recursos económicos y, aparentemente, algunas diferencias culturales destacables, tienen aspectos, componentes diferenciales a tener en cuenta, derivados de la edad, de la etapa vital en la que se sitúan. De una manera especial por sus tensiones y contradicciones, ocurre eso con los chicos y chicas adolescentes.

Asistimos a la llegada, (por efecto de las políticas de reagrupamiento o por la necesidad legal de estar en el país antes de la mayoría de edad para tener algún derecho), de chicos y chicas preadolescentes y adolescentes, sin ningún dominio de los idiomas hablados en España, poco escolarizados o escolarizados en otros sistemas y lenguas. Por otro lado, el mantenimiento de los y las adolescentes inmigrantes en el sistema escolar hasta los 16 años provoca contradicciones en la familia y en la escuela.

Viven fuertes tensiones por desculturización y crisis en la construcción de su identidad, así como por contradicciones entre la cultura familiar de origen y las formas culturales adolescentes actuales. La escolarización ha ido generando segundas generaciones muy europeizadas cuando llegan a la adolescencia. La socialización entre iguales y la presión de grupo propia de los adolescentes también les afecta a ellos y aparecen conductas disociales por asociación con los adolescentes con dificultades sociales del barrio. Al final de esa adolescencia, los procesos de emancipación, chocan con la eterna dificultad para acceder al mercado laboral.

No se trata, sin embargo, de un único colectivo uniforme. Junto a sus diferencias como personas o grupos sociales, han de considerarse tres situaciones diferentes. Por un lado, están los chicos y chicas que nacieron aquí, han madurado, crecido, han sido más o menos escolarizados, y ahora han llegado a la adolescencia. Son chicos y chicas que en diferentes momentos de su infancia han visto alte-

rado su entorno familiar por un proceso migratorio y llevan algunos años entre nosotros. Son todavía pocos pero representan un futuro muy próximo. Comienzan a formar eso que llamamos segundas generaciones. Son el producto de nuestra escolarización, de nuestros procesos de integración o rechazo que ahora se nos manifiestan con música, o ruido, adolescente.

En segundo lugar, están los chicos y chicas que aterrizan en nuestros barrios, en las edades en las que en Europa hablamos de adolescencia. Para ellos y ellas, supone asumir en esa edad todos los cambios, las crisis y las obligaciones de adaptación del proceso migratorio y las de ser adolescente. Especialmente les afectará comprobar que los personajes de su edad no parecen ser iguales a ellos, se dedican a ser adolescentes, algo que no era habitual en sus lugares de origen, algo no previsto por sus propias familias. No sólo aterrizan en un entorno desconocido y con escasas herramientas para un arraigo rápido, también han de descubrir y asumir formas de ser extrañas, hasta ahora, en su entorno.

El tercer grupo lo conforman los chicos (pocas veces son chicas, aunque depende de los países y culturas de origen) que realizan la aventura migratoria solos, que sin tener todavía 18 años, ni familiares conocidos que se encarguen de ellos, aparecen en las calles de nuestras ciudades. En ellos se pueden dar todos los componentes de los anteriores, pero mediatizados profundamente por la acción individual de emigrar, por los acontecimientos de su itinerario, por las experiencias de supervivencia pasadas, por el tipo de separación o de ruptura con sus familias. A las contradicciones y choques con una realidad adolescente y joven, que por un lado les es negada y por otro impuesta, se suma su «soledad», por lo menos legal.

Estos chicos y chicas, aspirantes a ciudadanos por partida doble, más que plantear problemas nuevos, agudizan, colman el vaso de otras muchas dificultades y contradicciones que nuestra sociedad tiene para atender de manera adecuada a sus adolescentes. Destacan

de una manera especial, las de la escuela secundaria, las del acceso inicial al mundo del trabajo y las del desamparo que se produce por no tener edad para decidir, por no ser otra cosa para nosotros que menores de edad. Son personajes a los que concedemos todos los derechos como niños o niñas y ninguno como adultos. La inadecuación de nuestra legislación protectora y las graves lagunas de nuestras políticas de infancia conducen al internamiento como respuesta básica o a su consideración genérica como nuevos delincuentes juveniles de calle.

Globalmente, los chicos y chicas púberes afectados por procesos migratorios se ven sometidos a múltiples tensiones. Por un lado han de encontrar sentido a sí mismos en esa situación de adolescencia sobrevenida, impuesta. Por otro, han de resolver los conflictos de fidelidad entre lo que les rodeaba hasta ahora y lo que han descubierto, entre el mundo de sus mayores y el mundo moderno, entre lo que les gustaría ser y lo que les parece que están obligados a ser, entre lo que habrían soñado encontrar y lo que realmente tienen a su alcance.

1. Introducción

Comienzo a escribir estas líneas cerca del Darro, bajo la Alhambra, en una tetería de las callejuelas del Albaicín, entre una tienda de pasteles y una carnicería «árabes», en un ambiente que podría hacerme pensar que Granada nunca dejó de ser mora. En la calle se mezclan idiomas de «guiris» y de norteafricanos, mientras los locutorios telefónicos con descuento indican que entre las casas aviejadas se ha asentado un numeroso grupo de personas sometidas todavía a la condición de «emigrantes».

Debo escribir sobre algunos de ellos y ellas, sobre los que tienen una edad que aquí llamamos adolescencia. Pero, no resulta fácil hacerlo teniéndoles en cuenta sólo a ellos y ellas. Porque a escasos metros en las mismas calles hay marginación, exclusión, dificultad joven y adulta para vivir. Hay otros y otras que no emigraron (al menos recientemente) pero no parecen tenerlo fácil para llegar a formar parte de la sociedad.

Entre esos aspirantes a ciudadanos y ciudadanas que se introducen en nuestros barrios hay una parte que mantienen esa aspiración por partida doble: han de llegar a ser personas adultas, han de conseguir pintar algo en la sociedad. Pero, surge la duda sobre si sus dificultades tienen algo que ver con haber emigrado (ellos o sus familias), o con ser adolescente y no pintar nada, o con pertenecer a colectivos sociales que tienen fuertes dificultades en los procesos de incorporación social.

Acaba una semana en la que, en Barcelona, donde vive el que esto escribe, ha habido de todo sobre el tema. Las policías han limpiado de «jóvenes inmigrantes de la calle» la Plaza Real. Grupos de jóvenes «racistas» y «antirracistas» se han enfrentado en una población cercana, convocados a manifestarse por iniciativas ciudadanas contrapuestas, después de incidentes en los que la palabra «joven» ha estado asociada públicamente a la de «inmigrante».

¿Qué pasa cuando la condición migratoria no pertenece ni a la infancia ni a la vida adulta sino a los que están a medio camino? ¿Qué dificultades y conflictos plantean en nuestras «sociedades desarrolladas» la presencia de adolescentes que no pueden ser adolescentes? ¿Por qué hacen aguas la escuela, el sistema protector, el acceso al trabajo...? ¿Cuáles son las encrucijadas personales que se le crean a un emigrante de 16 años, aquí, en una sociedad de adolescencia obligatoria y de larga duración? A esas y otras preguntas intentaré contestar en las páginas que siguen.

No hace mucho señalaba: *«En los próximos años explotará, especialmente, la cuestión adolescente que, en nuestro país, se inscribe en la complejidad de todas las adolescencias, derivada de su larga duración y su universalización, así como de la tensión que provocan en la sociedad adulta algunos de sus comportamientos. Especialmente, tendrá que prestarse atención a:*

- La llegada, por efecto de las políticas de reagrupamiento, de chicos y chicas preadolescentes y adolescentes, sin ningún dominio de los idiomas hablados en España, poco escolarizados o escolarizados en otros sistemas y lenguas.*
- El mantenimiento de los y las adolescentes inmigrantes en el sistema escolar hasta los 16 años con las contradicciones que provoca en la familia y en la escuela.*

- *La aparición de conductas disociales por asociación con los adolescentes con dificultades sociales del barrio.*
- *La tensión por desculturización y dificultad en la construcción de su identidad, así como por contradicciones entre la cultura familiar de origen y las formas culturales adolescentes actuales. (La escolarización ha ido generando segundas generaciones muy europeizadas cuando llegan a la adolescencia. La socialización entre iguales y la presión de grupo propia de los adolescentes también les afecta a ellos).*
- *Los procesos de emancipación y la eterna dificultad para acceder al mercado laboral.⁽¹⁸⁾*

2. Salir, emigrar de la infancia

Cuando hablamos de adolescencia, ahora y aquí, nos estamos refiriendo a un fenómeno que tiene diferentes perspectivas, ninguna de las cuales puede obviarse para entenderlo. Este no es un texto para hablar de las adolescencias de hoy, pero debemos recordar algunos aspectos generales para comprender de qué hablamos cuando nos referimos a los chicos y chicas que, además, están en el mundo de la emigración.

¿Cómo son los chicos y chicas adolescentes? ¿Qué les pasa por fuera y por dentro? Los chicos y chicas adolescentes son personajes que se construyen y se definen a partir de dos grandes tipos de factores. Por un lado son lo que podríamos considerar una realidad del aquí y el ahora, un producto social e histórico concreto. Por otro, son sujetos que viven una etapa diferente y diferenciable de su vida. Diríamos que no los podemos entender sin entender qué pasa a su alrededor, que no podemos comprenderlos sin tener en cuenta su mundo interior, todo aquello que pasa dentro de su piel.

Cualquier resumen no podría descuidar ni lo social ni lo personal, tendría que considerar los datos del entorno y la música personal de fondo, tener en cuenta la sociedad en la que estamos y, a la vez, cómo lo social, lo que nos rodea y les rodea, se convierte en conducta y en comportamiento. Si definimos

(18) Funes, J.; Carol, J. L. «Niños, niñas y adolescentes inmigrantes no comunitarios en España. Aproximación a sus principales dificultades». Informe UNICEF, 1997.

la adolescencia como un recorrido, una transición, hemos de señalar que en cada medio y en cada momento histórico su duración es profundamente variable. No se trata, de ninguna manera, de una etapa de maduración fisiológica acotada y delimitada. Se trata de un conjunto de años vitales sin límite preciso y con el encargo social oculto de dedicarse a ser adolescente. Todo aquello que los adultos esperamos de ellos y ellas, sus experiencias, las presiones sociales, la riqueza o la pobreza social y cultural que les envuelve, etc., condicionan la duración y el ritmo de este largo período de cambios y transformaciones. Madurar puede ser una palabra que no tenga otro sentido que el de avanzar, siempre y cuando vivan en entorno estimulador y tengan a su alcance una serie palpable de propuestas de futuro.

Al principio se oponen a las personas adultas porque deben construir una identidad que no tienen. Conforme pasa el tiempo es posible que lo hagan porque no se resignan a no pintar nada. Van en grupo porque necesitan esa especie de solidaridad emocional entre iguales, pero pueden construir y afirmar una «tribu» para no formar parte de la masa informe de la sociedad que les rodea. Se arriesgan porque necesitan la «adrenalina» que les hace sentirse vivos pero pueden andar largo trecho detrás de comportamientos de consumo más gregario.

Tan importante como la maduración emocional o la evolución intelectual será la inserción social, la posibilidad de ir accediendo poco a poco a una sociedad, a una comunidad adulta. Será clave que poco a poco establezcan su vida afectiva, o consigan razonar abstractamente (dos elementos de su transformación interna), pero igual lo será que tengan determinadas experiencias, que asuman compromisos sociales o se sientan útiles en las diferentes actividades provisionales que irán realizando.

3. Algunos han crecido o han nacido aquí, la gran mayoría acaba de venir

Si siempre que hablamos de la adolescencia nunca hablamos de una realidad uniforme, también ocurre lo mismo con el grupo al que consideramos inmigrante. Junto a realidades personales, familiares y de entorno social muy diversas, cuando hablamos de adolescencia y emigración nos referimos, por lo menos, a tres grandes colectivos muy diferentes:

1. Los chicos y chicas que nacieron aquí, han madurado, crecido, han sido más o menos escolarizados,... y ahora han llegado a la adolescencia. En ese grupo podríamos incluir, aunque no se trata de la misma realidad, a los chicos y chicas que en diferentes momentos de su infancia han visto alterado su entorno familiar por un proceso migratorio, llevan algunos años entre nosotros... y ahora han llegado a la adolescencia.
2. Los chicos y chicas que, en las edades que aquí consideramos adolescencia, aterrizan en nuestros barrios, por efecto de los procesos de reagrupamiento familiar o acompañando a un familiar adulto.
3. Los chicos (pocas veces son chicas, aunque depende de los países y culturas de origen) que realizan la aventura migratoria solos, que sin tener todavía 18 años, ni familiares conocidos que se encarguen de ellos, aparecen en las calles de nuestras ciudades.

Los tres tienen bastantes componentes en común, pero suponen realidades diferentes. Al menos una parte de lo que viven y cómo lo viven es diferente y las respuestas que debemos dar no son iguales.

3.1. Las segundas generaciones

En el primer gran grupo, la reflexión nos hace mirar hacia atrás. Se trata de chicos y chicas que llevan años viviendo entre nuestros conciudadanos y conciudadanas, habiendo recibido las respuestas sociales, educativas y asistenciales que en la última etapa hemos aplicado a los colectivos de personas emigradas. Aquí hemos de hablar de adolescencia como una etapa de crisis entre dos mundos seguros (la infancia y la vida adulta) en la que afloran, explotan las tensiones, las precariedades y las dificultades de las etapas anteriores.

Se trata de chicos y chicas que deben resolver ahora (reconciliarse) dificultades y tensiones importantes de su pasado: la inestabilidad familiar producida por el proceso migratorio, las tensiones generadas por un entorno desconocido y con frecuencia hostil, los esfuerzos emocionales de la adaptación, las pérdidas del universo infantil inicial. En los que ya nacieron aquí, parte de esas dificultades son iguales, otras tendrán que ver con el grado de estabilidad interna y social que el grupo familiar tuviera a su nacimiento.

Sabemos muy bien que es en las edades adolescentes cuando emergen las tensiones generadas por el rechazo, la falta de afecto, los climas de tensión, la falta de estimulación maduradora. Con frecuencia las familias que emigraron suelen tener pautas de crianza y de cuidado de los niños y niñas mucho más protectoras que las autóctonas, no se trata de pasarles ahora también factura porque educaron mal. Más bien ha sucedido todo lo contrario.

Pero en la emigración hubo separación, rupturas, sueños, tensiones que el niño o la niña tuvieron que asimilar. Ahora en los años de adolescencia se ha de digerir la inseguridad, se ha de diluir o consolidar el rechazo de los otros que tantos años se ha sentido sin saber por qué. Ahora, en plena turbulencia interior, se descubren las razones ocultas del trato diferencial, se padece la escasez mientras resulta difícil la sumisión. El desequilibrio interior actual se llena de todos los desequilibrios y tensiones del pasado. Es fácil que aparezcan personalidades explosivas, personajes arriesgados, seres con dificultades para optar voluntariamente por someterse a la sociedad.

Los y las que ya nacieron aquí o llevan prácticamente toda su vida entre nosotros comienzan a formar eso que llamamos segundas generaciones. Son todavía pocos pero representan un futuro muy próximo. Son el producto de nuestra escolarización, de nuestros procesos de integración o rechazo ahora con aire adolescente.

Son de aquí, están aquí y deberían, ahora que han crecido, sentirse de aquí. Saben, sin embargo, que los identificamos como inmigrantes y extranjeros, con una condición que ni siquiera es suya aunque haya marcado sus vidas, que en todo caso fue la de alguno de sus progenitores.

3.2. Andar por dos caminos vitales a la vez

El segundo grupo, los que emigran en plenas edades adolescentes, con sus familiares o para reunirse con ellos, tiene como elemento diferencial la irrupción y el cambio drástico de panorama vital en ese punto delicado de su evolución personal. Para nosotros y nuestras instituciones (de las escolares a las de salud) son personajes que irrumpen sin que los estuviéramos esperando, lo hacen sin conocer nuestros códigos básicos de relación (desconocen el idioma, o han sido escasamente escolarizados en sus lugares de origen), su lógica vital

poco parece tener que ver con la de los chicos y chicas de aquí entre los que van a tener que convivir.

Para ellos y ellas, todos los cambios, las crisis y las obligaciones de adaptación se suponen comunes al proceso migratorio. Pero especialmente les afectará comprobar que los personajes de su edad no parecen ser iguales a ellos, se dedican a ser adolescentes, algo que no era habitual en sus lugares de origen, algo no previsto por sus propias familias. No sólo aterrizan en un entorno desconocido y con escasas herramientas para un arraigo rápido, también han de descubrir y asumir formas de ser extrañas, hasta ahora, en su entorno.

En el tercer grupo, se pueden dar todos los componentes de los anteriores, pero mediatizados profundamente por la acción individual de emigrar, por los acontecimientos de su itinerario, por las experiencias de supervivencia pasadas, por el tipo de separación o de ruptura con sus familias. A las contradicciones y choques con una realidad adolescente y joven, que por un lado les es negada y por otro impuesta, se suma su «soledad», por lo menos legal. Están en países donde montarse la vida solos tan sólo es posible para los que son considerados adultos. Países donde su edad y su condición no les permiten de ninguna manera comportarse ni como adultos ni como adolescentes. No pueden «ser» y a lo máximo que pueden aspirar es a dejarse proteger. Si se resisten a aceptarlo la ilegalidad será doble, sin papeles como otros muchos y habiendo tomado decisiones sobre sus vidas que legalmente no les corresponden. La calle y la marginalidad serán pronto su entorno.

Los tres grupos comparten muchos aspectos, en los tres se dan las tensiones y las crisis que comporta poner en relación procesos migratorios y adolescencia, pero cada uno de ellos plantea algunas necesidades específicas, nos interroga sobre el qué hacer y no hacer. En cualquier caso, será imprescindible no confundir los grupos, no estigmatizar, por ejemplo, a los que crecieron entre nosotros con las imágenes negativas de los que acaban de llegar y han de sobrevivir en la calle. Convirtiéndolos a todos en único grupo, bajo la etiqueta de emigrantes, tan sólo creamos y reforzamos las dificultades y necesidades que cada uno de ellos tiene.

4. El problema de ser adolescente

De manera muy especial para los que llegan en plena pubertad y para los que crecieron aquí, las contradicciones que les envuelven pueden resumirse en una: tienen que ser adolescentes, es decir, han de dedicar tres o cuatro años de su vida a hacer de adolescentes como los que les rodean.

4.1. No estaba previsto

No les va a ser fácil. Proviene de entornos culturales en los que no estaba hasta hoy prevista la adolescencia. Allí se pasa de la infancia final a la juventud o la vida adulta por simples ritos de paso, de transición, no por apalancarse unos años dedicándose a ser adolescente. Es más o menos igual que en nuestros barrios, hace escasos años, cuando se dejaba de ser niño pasando de la escuela primaria a hacer de aprendiz de pequeño hombre barriendo un taller, o de pequeña mujer cuidándose de los hermanos o empezando a trabajar a turno en una fábrica.

Como el joven gitano que un día debía de abandonar la infancia y acompañar al padre a vender, para ayudar y para aprender, son chicos y chicas para los que su entorno de crecimiento había previsto acabar una infancia más bien escasa y entrar en el mundo de las personas adultas que luchan por la vida. Como una chica magrebí de 15 años comentaba a su profesora: *«padre dice que aquí hemos venido a trabajar no a estudiar»*. Ni ellos y ellas, ni su entorno cercano, habían previsto hasta ahora que llegaban a un entorno en el que sería obligatorio ser adolescente.

Para los chicos y chicas aparecerá primero un proceso de acomodación: convivir con otros y otras adolescentes y comprobar que pueden ser como ellos. Dicho de otra forma, comprobar que ser adolescente en este entorno occidental también tiene sus atractivos y ventajas. En el caso de los que ya crecieron aquí es posible que se les plantee como la salida normal de su infancia, como para cualquiera de sus compañeros y compañeras: si han sido como los otros hasta ahora sólo se les ocurre seguir siéndolo.

Para los púberes que acaban de llegar, ser o no adolescente va a depender de las posibilidades de relación e intercambio que se produzcan con los

otros adolescentes, de la aceptación o el rechazo que generen, de las posibilidades reales de intercambio que se les ofrezcan. Por ejemplo, será clave un plan de acogida en la ciudad que les permita relacionarse de manera cotidiana con otros jóvenes, que les permita conocer los lugares y tiempos de diversión, los espacios juveniles. Ser o no adolescentes va a depender de que puedan formar parte de grupos múltiples, de que tengan amigos y amigas del país dedicados a ser adolescentes.

Pero, aunque esto se consiguiera, hay al menos tres grandes dificultades para normalizar sus adolescencias. En primer lugar están las dificultades derivadas de su entorno familiar, después la dificultad para ser consumidores, finalmente, aparece la cuestión de las tipologías de adolescentes con las que les es posible relacionarse.

4.2. Atrapados entre dos fidelidades

Si entre nosotros, los ciudadanos y ciudadanas de este mundo supuestamente desarrollado, todavía no nos hemos acostumbrado al hecho de la adolescencia forzosa y de larga duración, si todavía no sabemos cómo ayudarles, cómo educarles, imaginemos lo que les pasa a los padres y madres de estos chicos y chicas. Con frecuencia se trata de familias con extraordinario amor y dedicación por su descendencia, que han priorizado como meta vital el sacar adelante a sus hijos e hijas, que se encuentran con que el final de esa infancia no es la autonomía adulta sino un estado extraño de dependencia-independencia.

En su forma de entender el mundo no estaba previsto este largo estadio de la vida en el que no se sabe qué pintan, en el que se dedican a pasar el tiempo, a divertirse, a estudiar, a pensar en ellos y ellas a hacer planes de futuro. Se suponía que la educación había servido para imbuirse de las tradiciones, de las costumbres, de los modos de vida de la familia y parecen embaucados por las estéticas, los lenguajes, las actividades de jóvenes modernos que ponen en crisis todo el bagaje cultural que habían traído consigo. En culturas en las que tiene un gran peso el respeto hacia las personas adultas, sus hijos e hijas imitan a adolescentes que ejercen su adolescencia rebelándose contra los adultos, que no repiten lo que se les enseñó sino que ejercen el criticismo, la libertad, la independencia.

Ellos y ellas podrían acostumbrarse a ejercer de adolescentes, pero su entorno familiar ve eso como algo inapropiado. La percepción de los riesgos y la amenaza de un futuro inapropiado, que viven todos los padres y madres de adolescentes, es para ellos mucho más intensa. Permitirles que se hagan adolescentes no está previsto y supone un desequilibrio añadido (del mismo estilo que el que genera en familias que, por otras razones, viven situaciones de fragilidad), es vivido como una traición cultural a las formas razonables de ser que ellos tienen.

El adolescente vivirá ante la contradicción de integrarse entre los iguales y ser rechazado por la familia, mantenerse fiel a la familia y ser rechazado por el grupo de iguales. Nos encontramos así con que una de las líneas de acción pasa por el trabajo familiar para que, estas y otras familias, entiendan un poco mejor el mundo de la adolescencia y le hagan un lugar entre sus formas de entender la vida, sin incrementar sus angustias y sus desequilibrios.

4.3. Consumir para ser o la marginalidad como única opción

Entre estas pretensiones, imposibilidades y tensiones para ser o no adolescentes aparece la cuestión económica. Como otras muchas dificultades no son específicas suyas, tienen que ver con su condición social. Una de las características de nuestra ciudadanía, especialmente la de los adolescentes, es tener capacidad de consumo. Ejercer de adolescentes significa tener algunos recursos económicos para ello. No es fácil colocar en un contexto de precariedad económica a un hijo que pide la «semanada» para irse a divertir con sus colegas.

Las adolescencias posibles que tienen a su alcance los chicos y chicas de estos entornos migratorios se pueden acabar reduciendo drásticamente. Esta sociedad les ha concedido tiempo para deambular sin saber qué hacer, para no tener un lugar donde estar, para soñar con hacerse mayores, tener una casa, una pareja y un trabajo. A su alrededor hay muchas adolescencias, a su alcance sólo algunas.

Finalmente, hemos de destacar que difícilmente hay adolescencia sin grupo, sin colectivo de pertenencia y relación. Esa adolescencia posible tiene que ver con los grupos adolescentes a los que tengan posibilidades reales de pertenecer, con los que tengan posibilidades de sentirse entre iguales, posibili-

dades de compartir estilos de vida y solidaridades emocionales. Aunque se haya dado una buena interacción con otros chicos y chicas, las propuestas adolescentes dominantes serán las de su barrio, las de su entorno difícil y empobrecido. Su gran problema es que los únicos grupos adolescentes de su medio estén dominados por la dificultad social o la marginación.

4.4. ¿Quién soy yo? Los conflictos de identidad

De manera genérica, solemos decir que el sentimiento vital, la pregunta que domina la adolescencia es aquella de «¿quién soy yo?». Como etapa de transición y de crisis en la que se pierden las identidades anteriores y están por llegar las posteriores, el chico o la chica se suelen ver afectados por el «agobio» de encontrar sentido a lo que son y sienten. En los procesos migratorios, especialmente si hay fuertes distancias culturales, aparecen también crisis y tensiones derivadas de la imposibilidad de mantener formas de vida en las que se depositaban una parte de los sentimientos y las seguridades de la identidad.

Los chicos y chicas de los que hablamos van a verse sometidos a esa doble tensión. Por un lado encontrarse sentido a sí mismos en esa situación de adolescencia sobrevenida, impuesta. Por otro, resolver los conflictos de fidelidad entre lo que les rodeaba hasta ahora y lo que han descubierto, entre el mundo de sus mayores y el mundo moderno, entre lo que les gustaría ser y lo que les parece que están obligados a ser. Como uno de ellos decía,⁽¹⁹⁾ «*sentimos cosas complicadas en las dos partes*», «*tenemos más de un punto de referencia*».

A pesar de las tensiones familiares, les parece en muchos momentos que su esencia actual, la forma de ser que les atrae, está en ser adolescentes, en vivir como viven la mayoría de los chicos y chicas de su edad, con los que se relacionan o como –igual que los demás– ven en la tele o en el cine. El mundo que dejaron atrás empiezan a vivirlo como contradictorio y poco útil para desenvolverse en el mundo en el que están. Al conjunto de tensiones que rodea su vida puede añadirse ahora el de las identidades.

(19) Gran parte de las referencias a las que se hace mención provienen de seminarios y grupos de trabajo organizados por la Fundación Jaime Bofill de Barcelona, para apoyar el trabajo de diferentes profesionales con los chicos y chicas de otras latitudes que están hoy en nuestros barrios.

El clima que les envuelve no se lo pone fácil. Por un lado perciben con facilidad el rechazo del mundo adolescente que les rodea y descubren que no les será fácil ser un adolescente, un joven más entre otros. A la vez, en su entorno, otros se mueven como ellos, algunos que acaban de llegar, solos o acompañados. No saben con quién están, con quién deberían estar. Los papeles que para él o ella imaginaron sus padres no son posibles todavía, la condición adolescente les es impuesta pero, a la vez, restringida.

4.5. Un final acelerado

No es fácil que mantengan una conducta ni adaptativa, ni conformista. Aún optando por ser adolescentes, comprueban que los otros tienen bastante tiempo para serlo, mientras ellos tendrán que conformarse con un poco. En cuanto la ley no lo impida (16 años), tendrán que ejercer de adultos, buscar al menos recursos para la subsistencia, abandonar esa parte de paraíso adolescente con el que se les había tentado. Viven en un entorno de adolescencia de larga duración, pero la suya (como la de los chicos y chicas que viven bajo la protección de la administración) tiene fecha de caducidad.

Podrían, quizás, resolver sus conflictos pensando en futuro, en el «quién seré». Pero si algo tienen realmente incierto (mucho más que los otros adolescentes) es su futuro. Sienten no sólo que lo tienen difícil, saben que les es negado. Podrían aspirar, con más o menos renuncias a ser un ciudadano o ciudadana más, pero no perciben que eso vaya a ser posible. No parece que esta adolescencia en la que viven pueda llevarles a ningún puerto de integración.

En un encuentro de reflexión sobre este tema, un profesional de la psicopedagogía que trabaja en un entorno con presencia significativa de personas que emigraron, explicaba cómo un alumno de origen magrebí que había llegado hasta el bachillerato, después de una escolarización larga y exitosa, abandonó de manera imprevista los estudios para dedicarse a una vida de calle no especialmente positiva. Se trataba de una persona con buenas capacidades y con una buena incorporación en su entorno, del que todos esperaban que intentase incluso ir a la universidad con las ayudas necesarias, pero no ese tipo de abandono. Cuando le preguntó por los motivos vino a decir que estaba cansado de no poder ligar y de no tener dinero para ir a la discoteca. Su integra-

ción ya había tocado techo, de ninguna manera podía ser un adolescente más como sus compañeros y compañeras de la clase. El panorama se completaba con la cada vez más manifiesta presencia en las calles del pueblo de nuevos adolescentes recién llegados del Magreb, con dificultades para la integración pero con los que había descubierto la posibilidad de otra identidad que, a pesar de las dificultades, parecía estarle reservada obligatoriamente.

Incluso los chicos y chicas ya jóvenes que consiguen una incorporación con cierto éxito, resumen esas tensiones, pasado el tiempo, con frases como estas: *«uno no tendría por qué tener que elegir», «la biculturalidad debería ser ponerlo todo en un saco y mezclarlo», «la dualidad me obligaba constantemente a tener que decidir, pero la balanza no bajaba por ninguno de los dos lados».*

El resultado posible ya lo conocemos, al menos por la experiencia de otros países: aparecerá pronto una generación de desarraigados si no ponemos remedio. Mientras, pueden acabar agudizándose identidades problematizadoras, ancladas en los elementos más tradicionales, simbólicos o demostrativos de sus culturas de origen (desde componentes religiosos al vestuario), pero capaces de mostrar ante los otros que existen y no son un simple cero a la izquierda en nuestras sociedades.

5. Han de estar en la escuela, pero quisieran estar trabajando

Otra de las perspectivas con la que debemos abordar la realidad de estos chicos y chicas es la que tiene que ver con la escuela. Así como cuando hablemos de los que aparecen aquí solos, sin referencias familiares, el centro de la cuestión será su estatus jurídico y su condición de infancia a proteger, con los que crecieron aquí o acaban de llegar con sus familias, las tensiones y las necesidades podemos decir que se concentran en la escuela.

5.1. El contexto de la ESO

Una de las características que define a nuestras adolescencias es la de estar escolarizada obligatoriamente hasta los 16 años y de una manera

bastante generalizada hasta los 18. Lo que hagamos o no con ellos y ellas está condicionado por lo que ocurre en la ESO y en la secundaria postobligatoria y por cómo está organizada la formación que permite mejorar el acceso al trabajo (programas de garantía social, formación ocupacional).

De manera genérica podemos decir que la implantación de la secundaria obligatoria en un contexto de crisis importante sobre el papel de la escuela en las sociedades actuales, al lado de la complejidad que supone educar en la adolescencia hoy, está suponiendo fuertes tensiones. Sólo faltaba la incorporación de adolescentes recién llegados, provenientes de entornos culturales vividos como muy distantes por los miembros de la institución escolar.

Una parte importante del profesorado vive con tensión la crisis de sus formas tradicionales de enseñar y, especialmente, las dificultades para entablar relación con chicos y chicas muy diferentes entre ellos. El espacio escolar es ya un lugar lleno de panoramas de diversidad, tantos como hay en el barrio o territorio en el que está el centro. La aparición de alumnos con más rasgos diferenciales puede llegar a vivirse como la gota que colma el vaso, o como algo demasiado extraño, con demasiadas dificultades para asumirlo de manera normalizada.

5.2. Concentración e incorporaciones extemporáneas

No hay que olvidar, además, que si consideramos el conjunto de datos sobre la escolarización de los hijos e hijas de familias emigradas, hemos de destacar al menos tres:

- La concentración territorial provoca a su vez, con facilidad, la concentración en determinadas escuelas y en determinados cursos. (Existen cursos en determinadas escuelas de primaria con un porcentaje de niños de familias emigrantes superior al 25 %, en algunos casos el 50 %). Aunque, en la secundaria su escolarización todavía es escasa, ya comienzan a producirse agrupaciones muy significativas en algunas escuelas.
- Estas escuelas, (esos barrios) han de atender, además, multiplicidad de chicos y chicas con fuertes dificultades sociales, o de otros grupos minoritarios como, por ejemplo, la comunidad gitana. Como reacción, se produce un

vaciado progresivo de población escolar autóctona «normalizada», que es conducida por sus padres fuera del barrio o a la escuela privada.

Aparece así el debate sobre la conveniencia o no de la dispersión por diferentes escuelas o la cualificación y el esfuerzo por hacer una escuela de calidad que sirva para todos y tenga prestigio entre la población autóctona.

– La reflexión educativa no sólo ha de considerar las claves de la interculturalidad sino, también, las de la marginación y la exclusión.

La presencia en las aulas de alumnos adolescentes, hijos e hijas de familias que han emigrado, todavía no es significativa de manera global y no parece superar el 10 % de la población «inmigrante» escolarizada. Pero su peso real, en cuanto a necesidades y dificultades, tiene que ver con la concentración de la que hemos hablado y con otros datos que la convierten en especial. Al margen de los que han crecido aquí y ahora han de ser adolescentes, nos encontramos con chicos y chicas, entre los 12 y los 17 años que han emigrado a partir de las acciones de reagrupamiento del conjunto de la familia, o que vienen con alguno de sus progenitores antes de que lleguen a la mayoría de edad y la ley se lo impida.

En ese proceso migratorio nadie ha previsto el calendario escolar por lo que será bastante común que lleguen a la escuela secundaria en diferentes momentos del curso. Junto a la concentración producida por la ubicación de la vivienda, se puede producir una nueva concentración en función del centro al que se obliga a admitirlos. De hecho, uno de los caballos de batalla de las reivindicaciones escolares actuales está en conseguir que todas las escuelas financiadas con dinero público estén obligadas a reservar plazas para esta contingencia.

5.3. Las dificultades iniciales

Pero, deberíamos comenzar por tener en cuenta cómo llegan, cómo empiezan esos chicos y chicas su estancia en la escuela de secundaria. De algunos de sus condicionamientos ya hemos hablado al recordar que se hallan inmersos en el conjunto de tensiones derivadas del proceso migratorio y el aterrizaje en un entorno de adolescencia profundamente extraño. Pero, desde el punto de vista más escolar, hay que destacar:

- No siempre han estado escolarizados en sus países de origen o, en cualquier caso, no todos con la misma intensidad y duración. Tienen, así, diferente dominio de los aprendizajes instrumentales.
- Es posible que la lengua de escolarización no coincida con la materna (francés y árabe, árabe y bereber, etc. en el caso de los que vienen del norte de África). Puede ser, de todas las formas, que se trate de chicos acostumbrados a relacionarse con diferentes idiomas. No siempre tienen dominada la comprensión lectora y la expresión escrita.
- Desconocen profundamente las lenguas de comunicación de la escuela y del entorno adolescente y joven en el que han de comenzar a moverse. Sufren, así, la angustia de no poder comunicarse, de no poder hacerse entender.

Entre los muchos retos que estos chicos y chicas plantean inicialmente está el de las formas de acogida y la organización de formas de apoyo que permitan una normalización básica en un tiempo corto. Los espacios para el dominio básico de una lengua de comunicación así como de los aprendizajes más instrumentales tienen que ser reducidos, intensivos, en cierta manera especiales para ellos y ellas. Pero, ha de hacerse con sumo cuidado ya que toda solución separada, específica, reduce la interacción normalizadora con los otros, refuerza la diferencia y segrega. La atención separada refuerza su condición de grupo aparte, la falta de apoyo intensivo hasta que puedan comunicarse y seguir la escuela les convierte en un mueble más del aula. La lengua o los aprendizajes escolares básicos sólo los pueden aprender a partir de relaciones afectivas y sentimiento de seguridad, no sólo en la escuela sino especialmente fuera.

5.4. La gestión del rechazo y las escuelas positivas

Los chicos y chicas adolescentes, sus grupos, propenden con facilidad hacia situaciones de apoyo y ayuda al diferente o, por el contrario, al rechazo y la estigmatización más agresiva. La construcción de la identidad a partir del grupo les lleva a definirse por contraposición a otros, a decir lo que son afirmando lo que no quieren ser.

Estos adolescentes recién llegados, percibidos como especialmente diferentes, se prestan mucho a servir de «enemigo», de chivo expiatorio para la afirmación de otros grupos. El adolescente con dificultades para sentir y definir

quien es, siente que es algo rechazando al «moro de mierda» que acaba de llegar a la escuela. Al revés, la dureza de las nuevas relaciones lleva al adolescente afectado por el proceso migratorio a refugiarse entre los que parecen ser como él, a crear subgrupos homogéneos o aliarse con quien sufre similares dificultades de exclusión o rechazo social.

Convendría recordar que decretar la escolarización obligatoria hasta los 16 años o reconocer el derecho de todos los chicos y chicas a ir a la escuela, sea cual sea su origen o su situación legal, no significa dejar sola a la escuela con todo el proceso de acogida y de socialización. También, habrá que poner de manifiesto que la mayoría de las respuestas educativas que estos chicos y chicas necesitan no son para nada especiales, diferentes de las que la mayoría de adolescentes necesitan: una organización que tenga en cuenta la diversidad, una tutoría que funcione y pueda hacer acompañamiento educativo, un currículo en que todos y todas encuentren aspectos positivos de su historia y sus culturas de referencia, formas de educar próximas a sus culturas juveniles, etc. La aparición de estos «nuevos» adolescentes no crea nuevos problemas, simplemente agudiza todavía más las contradicciones y complejidades educativas en las que se mueve hoy la escuela secundaria.

5.5. Un futuro sin becas ni trabajo

Al hablar de las contradicciones culturales que, de momento, les crea la condición adolescente he hecho mención del problema de la negación del futuro. Desde el contexto de la escolarización obligatoria aparece el problema del final de la ESO. De una manera especial para los que están ya cerca de los 16 años, o para los que estarán en la escuela poco más de un curso, tiene escaso sentido plantear su permanencia en la escuela desligada de la salida laboral que ellos y sus familias desean ya. Forman parte de ese grupo de adolescentes a los que les pesa la escuela, que necesitan una vida escolar pensada en clave de trabajo. Ellos y los otros nos obligan a reformular los programas de garantía social y la formación ocupacional, pensados como recursos de transición y no como cursos⁽²⁰⁾ a añadir después de la escuela obligatoria.

(20) Ver Casal, J. «Aproximacions a la garantia social. Cap a un nou enfocament dels PGS». Estudis 1. Diputació de Barcelona. Febrer 1998.

Pero, junto a las dificultades educativas están las legales. El derecho a la educación no contempla el derecho a la educación laboral y mucho menos el derecho a trabajar en lo que se ha aprendido. El futuro tampoco les permite encontrar razones para estudiar. Incluso los que socialmente podrían formar parte del grupo de los «buenos adolescentes», los que tienen éxito escolar y obtienen el título (los hay), no podrán seguir sus estudios ya que carecerán de ayudas (por ejemplo no hay lugar a becas porque no son españoles). Resulta enormemente difícil acompañar a estos chicos y chicas en un proceso de incorporación y de adquisición de identidad cuando todo su entorno está en contra de que lo consigan.

6. Los que andan solos

No son numéricamente el grupo más importante, pero ocupan con frecuencia páginas de periódicos. Se trata de los chicos y chicas (fundamentalmente de los primeros) que han emigrado solos, desconectados, al menos temporalmente, de sus familias, que ponen en crisis nuestros dispositivos de atención y a los que comenzamos a asociar, por sistema, con problemáticas y tensiones sociales.

De momento, el dato objetivo es que un grupo significativo, probablemente en aumento, de chicos menores de edad, venidos de otros países, sin ninguna persona adulta que se haga cargo de ellos, sobreviven como pueden en las calles de algunas de nuestras grandes ciudades. Junto a todas las contradicciones de las que hemos hablado hasta ahora éstos presentan una añadida: no son o no parecen ser mayores de edad.

6.1. Con derechos de niños, sin derechos de adultos

Esa contradicción viene a ser nuestro gran problema. Si tuvieran ya 18 años serían un «inmigrante» más, al que podríamos tratar como nos diera la gana. Como no los tienen, somos un país signatario de la Convención de la Naciones Unidas sobre los Derechos de la Infancia y tenemos leyes estatales y autonómicas de protección, nos vemos obligados a acogerlos y atenderlos. Ahí comienzan nuestros problemas y los atendemos con desgana inmersos en un sinfín de contradicciones:

- De entrada, como niños, les concedemos todos los derechos. De salida, como adultos (a los 18 años) se los negaremos todos.
- Ser menor de edad supone una situación infantil necesitada de protección y ayuda paternalista. Su vida y su historia más reciente es la de pequeños adultos con una enorme capacidad de supervivencia.
- Como son menores de edad y están solos, consideramos que están legalmente «desamparados», por lo que la administración asume su tutela legal y todo el tema se convierte en un asunto de la protección de menores.
- Cuando la maquinaria de la protección se pone en marcha, su lógica dice que esos chicos o están con sus familias o han de estar internados en un centro. Damos por supuesto que ese es un lugar adecuado para ellos y que se quedarán quedar.
- Como eso, en realidad, no ocurre así y parecen preferir el frío y los cartones a la calefacción y la cama, acabamos convirtiéndoles en chicos de la calle sospechosos de actividad delictiva sistemática.
- Los derechos de la infancia son, o deberían ser, la preocupación de la protección de menores, de educación o de servicios sociales. La política de inmigración es competencia del ministerio de interior.

6.2. Proteger e internar

De la misma manera que he señalado hablando de la escuela secundaria, los chicos y chicas que emigran solos acaban desequilibrando unos sistemas de atención inadecuados, en este caso los de atención a la infancia y la adolescencia. En lugar de tener recursos para ayudar a crecer y madurar a los ciudadanos y ciudadanas menores con necesidades, tenemos recursos (escasos) para proteger a la infancia de los males exteriores.

Estos chicos tan sólo nos demuestran que no disponemos de los recursos adecuados para apoyar procesos de crecimiento y autonomía de los adolescentes que viven en condiciones de precariedad familiar, por la razón que sea. Hoy por hoy el problema de los emigrantes solos se ha acabado convirtiendo en un problema de centros de menores, donde queremos que se queden ado-

lescentes que no lo desean, mientras no atendemos a sus necesidades de independencia, de llegar a la mayoría de edad en esta sociedad de consumo en la que intentan entrar. En grandes ciudades, como Barcelona o Madrid, los centros de acogida para menores desamparados se ven desbordados (a menudo son más del 50% de la población que puntualmente está en ellos) por entradas y salidas de estos chicos a los que la policía retira del barrio y al que vuelven incluso antes que el furgón policial.

6.3. También son diferentes

Aunque puedan predominar los originales del norte de África, son una población muy plural que no admite generalizaciones. No tiene nada que ver, o muy poco, el inmigrante menor no acompañado que llega de Marruecos con el del África subsahariana, o con el de los antiguos países del Este, por hacer referencia sólo a los lugares de procedencia más comunes.

Como los responsables de un centro de acogida reflejan,⁽²¹⁾ *«las circunstancias o razones de la inmigración de cada uno de ellos son muy diversas: los hay que han recorrido ya varios países (los menos), mientras que otros llegan aquí directamente; unos escapan de la violencia y otros vienen por razones puramente económicas, bastantes proceden de familias estructuradas, rotas por la guerra o la persecución, y algunos también han escapado de su casa, alejándose del maltrato familiar. Otros ya eran chicos de la calle en sus países y es difícil que aquí dejen de serlo.»*

Ajmal y Sher tenían una casa lujosa con profesores particulares, mientras que Alfred no había asistido nunca a la escuela y Abdellatif se había formado muy básicamente en la mezquita. Alex, con 17 años, había iniciado estudios en la universidad y Stanley podría convalidar hasta un 3º de BUP, pero Abdou era vendedor ambulante a los 13 años y había aprendido unas cuantas palabras en diversos idiomas... El hambre ha tocado muy de cerca y muchos días a un buen número de ellos; el desarraigo, el dolor y la soledad, a casi todos. Naaim, un crío, sueña con ayudar a su madre y se

(21) Documento del centro «La Merced» (Casa de refugiados e inmigrantes menores no acompañados. Madrid) incorporado en el texto «La relación educativa con los chicos y chicas adolescentes en pisos-residencia». Instituto madrileño del Menor y la Familia.

desespera porque su consulado no le quiere dar el pasaporte y porque en España no se puede trabajar hasta los 16 años. Odia a los chicos de su país que venden y consumen droga y que roban carteras. Es inmensamente maduro y, a la vez, aunque él no lo sabe, inmensamente niño».

Su principal desamparo se produce por desacuerdo entre lo que esperaban y lo que realmente encuentran, por la incertidumbre ante el futuro. Aunque en sus países funcionasen prácticamente como adultos, aquí sufren un gran choque ante la realidad incierta y difícil que se encuentran, por lo que sus seguridades se desmoronan. Sólo les faltan las miradas llenas de prejuicios, desde la policía, pasando por los vigilantes de seguridad del metro, acabando en algunos vecinos y vecinas.

6.4. Al final llega el control penal

El fracaso de intentar resolver el tema por la vía de protección formal y el internamiento ha conducido a reforzar la imagen de conflictividad social que les atribuimos y a convertirlos de chicos que están en la calle, a chicos de la calle, trasladando con facilidad las respuestas a la esfera penal. No estaría de más recordar que a toda la gente pobre que emigra la tratamos por sistema a golpe de código y centramos en ella una parte desproporcionada de nuestra reacción penal. Así, mientras esa población que vive entre nosotros no supera el 2 o el 3% de la población total del país, los «extranjeros» que tenemos en las cárceles son cerca del 18 % de la población penitenciaria.

Esta persecución selectiva, basada en la estigmatización previa, también se aplica a los menores. Son jóvenes, hacen pinta de pobre y sus rostros indican fácilmente la diferencia de origen, están en la calle... serán con facilidad el objeto de la sospecha y el control. Como se ha resumido en diferentes trabajos,⁽²²⁾ también en los juzgados de menores acaban siendo el 5 o 6 % de la población adolescente que llega, cuando en el conjunto, y aunque ahora estemos hablando de manera detallada de ellos, son una pequeña minoría (algunos centenares en las ciudades donde se concentran).

(22) Funes, J.; Carol, J. L. «Niños, niñas y adolescentes inmigrantes no comunitarios en España. Aproximación a sus principales dificultades». Informe UNICEF, 1997.

Nuestra escasa habilidad para acogerlos y la sistemática dificultad para integrarlos legalmente está reforzando los procesos de criminalización. Su única alternativa será la subsistencia alternativa en la ilegalidad o la degradación personal (resurge entre ellos el chaperismo, la explotación sexual, los consumos destructores de drogas tan marginales como los inhalables). «Una breve revisión de los informes de algunos de estos menores que llegan a los juzgados (algunos de ellos con familia), permite conocer que, aunque se dan circunstancias de simple conflictividad adolescente, predominan situaciones mayoritariamente dominadas por la marginalidad y la exclusión social. En más de la mitad no consta que el padre tenga algún trabajo remunerado, en muchos de ellos consta que se relacionan con grupos disociales, están muy presentes las situaciones de abandono y dificultad escolar. También, una parte de ellos vive en situaciones de desamparo y tienen aplicadas medidas de protección».⁽²³⁾

Nos olvidamos de que deben subsistir, comer, dormir bajo techo, tener una vida medio saludable y preferimos hablar de ellos como alguien que está en la calle al acecho para cometer delitos. La primera protección pasa por asegurarles condiciones mínimas de subsistencia. Acercarse a ellos como potenciales delincuentes sólo incrementa la desconfianza y la imposibilidad de ayudarles. Están solos y necesitan a alguien cerca, pero no a un policía. Ayudarles no significa someterlos a control.

Como otros adolescentes que hoy están en crisis y dificultad social, nos obligan a recuperar formas de trabajo educativo de calle, las formas de intervención educativa en medio abierto, la flexibilización de los espacios residenciales, aceptar que puedan vivir a su aire en «fondas protegidas». Para ellos también hemos de repetir que necesitan ayuda para salvar la barrera de la lengua, necesitan papeles y los necesitan con agilidad, necesitan incluso más que los chicos y chicas de aquí acceder a la formación laboral y al trabajo.

Además, *«tienen necesidad de alguien que se interese por su historia (sin prisas ni presiones), que los mire sin desconfianza, que les transmita la certeza de que está de su parte, que los ayude a superar sus primeras desilusiones, que los oriente a la hora de resituar sus expectativas iniciales (a no abandonarlas, simplemente a aplazarlas), que les exija no conformarse con*

(23) *Ibidem.*

cualquier trabajo miserable o con caminos rápidos (ilegales). Alguien que esté a su lado, en las duras y en las maduras (en el hospital, en el juzgado, en el colegio, en la llegada de una excursión...)»⁽²⁴⁾

7. Punto final... por ahora

Podemos pensar que todo esto es un problema más que nos crean los inmigrantes. Nada se ajustaría menos a la realidad. Tan sólo se trata de chicos y chicas obligados a ser adolescentes aquí, con unos profundos desajustes entre lo que ellos o sus familias tenían previsto vivir, que hacen emerger algunas de nuestras dificultades para prestar atención a los chicos y chicas adolescentes, que nos recuerdan que la marginación y la exclusión también pueden ser características juveniles.

Algunos pueden pensar que si los tratamos mal dejarán de venir, otros que bastante tenemos con nuestros jóvenes para pensar en los de otros países. No van a dejar de venir y no atenderlos adecuadamente tan sólo nos genera nuevos e irresolubles problemas. Atenderlos a ellos y ellas es una perfecta manera de poner en marcha formas adecuadas de emancipación y ciudadanía para todos los jóvenes.

(24) Documento del centro «La Merced» (Casa de refugiados e inmigrantes menores no acompañados. Madrid) incorporado en el texto «La relación educativa con los chicos y chicas adolescentes en pisos-residencia». Instituto madrileño del Menor y la Familia.